



*Una lista de deseos
para Santa Claus*

MARIAH C

Una lista de deseos para Santa Claus

Título original: Una lista de deseos para Santa Claus

Mariah C.

Corrección y maquetación: Tamara Bueno

Portada: Chris Axcan

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito.

Gracias...

«Primero a ti por leerme».

Gracias a mis hijas Laura y Cristina. Me siento orgullosa de todas las cosas que habéis conseguido con esfuerzo y tenacidad. Os quiero tanto...

Muchísimas gracias a Tamara Bueno, ella se ha convertido en una gran amiga que me ha apoyado en momentos críticos. Ha sido una excelente lectora cero y una correctora muy profesional. Os la aconsejo.

Gracias a Chris Axcan por tan hermosa portada y por su enorme paciencia. Un beso.

Gracias a todos mis compañeros y compañeras de trabajo. Me habéis valorado, aceptado y querido desde el mismo minuto uno que entré en vuestras vidas. Todos tenemos una formación diferente, pero coincidimos en que queremos lo mejor para nuestros niños, adolescentes y familias. Gracias, Jordi (nuestro respetado y querido coordinador). Gracias, Gemma (nuestra estimada y admirada directora). Gracias, Roser. Gracias, Blanca. Gracias, Merche. Gracias, Annia. Gracias, Marta. Gracias, Josep. Gracias, Judit. Gracias, Erica.

Gracias a toda mi familia, os llevo siempre en mi corazón. Os quiero.

Chicago, Illinois, Estados Unidos, 2017

—**D**entro de dos días será Navidad y, como siempre, Santa Claus no se acordará de nosotros —murmuró Yarek, tumbado bocabajo sobre la alfombra. Le entraron ganas de llorar, pero se esforzó por contenerse—. Desde que papá murió, nuestra vida ha sido horrible. —Se puso panza arriba y exclamó—: ¡Qué desgracia tan grande es ser pobre! —Ojeó la habitación—. No es justo que algunas personas tengan tanto y otras tan poco.

Yarek era el pequeño de la familia Stone y tenía 6 años. Era un pillete, además de travieso, pero muy listo y preguntón. Y, cuando se lo proponía, hacía rabiarse de lo lindo a Luna, su hermana. El crío tenía el pelo tan oscuro como el carbón y tan rizado como las hojas de una escarola. Sus ojos eran marrones, y su nariz chatita estaba moteada por unas pecas del color de la canela.

—Somos pobres. —Luna apartó la vista del libro que estaba leyendo, tendida sobre la cama, y concentró su mirada en el rostro dulce de su hermano—. Eso es verdad, pero respetuosos y agradecidos. Tenemos todo lo que necesitamos. Los regalos y las comidas abundantes no son necesarios para ser felices.

Luna Stone era una niña de 10 años, alta y delgada y tenía unos enormes ojos verdes. Su cabello era largo y lacio, de color avellana, y todos los días se lo peinaba y se lo recogía a ambos lados de la cabeza con unas cuantas pincitas de varios colores. La chiquilla era muy presumida. Luna también se sentía desdichada, aunque jamás se lo había expresado a su madre, no quería verla sufrir más. Ella estaba orgullosa y agradecida por lo que tenía; había

sido criada y educada en un hogar lleno de paz y amor, y eso era lo que realmente valoraba. Luna siempre estaba contenta y de buen humor. La única chispa de tristeza que brillaba en sus luceros esmeraldas era cuando su madre se encerraba en su dormitorio y lloraba sin consuelo ni esperanza. Eso la afligía.

—Pero a mí me gustaría ser rico y poder comprarme todo aquello que deseo —agregó el pequeño Yarek con un ademán de protesta.

—Las personas ricas y con mucho dinero no son más dichosas, créeme. Es mejor ser humilde y bueno —le contestó con dulzura.

—Eso no me reconforta. Yo quiero recibir mis regalos como todos los niños. ¿Es que Santa Claus está enfadado conmigo? ¿Es que me porto mal? —le preguntó con el ceño fruncido y a la espera de una respuesta.

—No, ¡qué va! Eres el hijo y el hermano perfecto. Escucha, Yarek. —Se levantó de la cama, se aproximó a él, se tumbó a su lado y colocó los brazos tras la cabeza—. Santa no está disgustado contigo, solo es que tiene mucho trabajo y que recibe cada año millones y millones de cartas de todos los niños del mundo. A lo mejor las tuyas se extraviaron. Pero no pierdas la esperanza y el ánimo. Escríbele, yo estoy segura de que esta vez la recibirá.

Yarek meneó la cabeza.

—Ya. Y ¿por qué siempre se pierden las mías?

—Y las de muchos niños más, estoy convencida de ello.

—¡Pues vaya con el gordinflón! —Y se cruzó de brazos. Parecía muy enfadado.

—No deberías quejarte. Mira, mamá trabaja sin descanso delante de su máquina de coser para poder comprarnos ropa de abrigo y alimentarnos, y ella no se lamenta. —Luna le dedicó una sonrisa de soslayo—. Nos espera un invierno muy malo, hermanito. Pero si permanecemos unidos, todo será más llevadero.

—¡Yo quiero mis regalos de Navidad! ¡Yo quiero mis regalos de Navidad! —Arrugó la frente y las cejas—. Quiero una Navidad perfecta. El árbol, los regalos, incluso patinar sobre hielo. La Navidad solía ser especial cuando papá vivía, pero después de que muriera, todas las Navidades han sido una mierda.

—¡Yarek, no hables así!

—Es lo que pienso y lo seguiré pensando. Ese gnomo barbón solo reparte juguetes a los niños ricos. Es que mira esto, Luna. —Yarek se incorporó, se quedó sentado en el suelo y examinó su alrededor—. Nosotros vivimos en un apartamento feo, somos pobres, muy pobres —le recalcó—, y, además, no tenemos ni chimenea, es por eso por lo que no puede dejar mis regalos, y claro, porque no hay árbol, o quizá es que no quiere venir porque no le da la gana —alzó la voz, disgustado.

—No, no es por eso. Él es muy listo y sabe muy bien cómo entrar en todos los hogares. Lo que ocurre es que cada día hay más niños en el mundo, y eso le complica su labor. Así que, si tus regalos sufren un retraso, no te desesperes.

—Pues... ¿por qué ese rechoncho no contrata a más elfos para que lo ayuden?

—Seguro que lo ha hecho. Pero los nuevos duendecillos son inexpertos y no llevan el mismo ritmo que el resto de la comunidad del Polo Norte. A Santa se le multiplica el trabajo en estas fechas porque tiene que enseñar a sus nuevos ayudantes. Eso lo agota y acaba muy cansado.

Yarek se dejó caer hacia atrás en la alfombra, se llevó una mano al pecho y le dijo:

—Se me ha roto el corazón. ¡Venga ya! No puede estar cansado. Solo trabaja una noche al año. Por eso está tan gordo. —Luna se carcajeó—. Además, tiene a Rudolph que tira de él. Todo son excusas, te lo digo yo.

—Seguro que está triste y lo pasa fatal cuando no puede cumplir con todos los deseos que le piden los niños. El señor del traje rojo tiene una tarea muy difícil y dura, ¿sabes? —Le tocó con el dedo su nariz—. Seguro que hay familias que necesitan más de su atención.

—Oh, Luna, ¿es que no ve por su telescopio que lo estamos pasando muy mal? Bah, ese viejo gordinflón con barba blanca no se entera de nada, parece tonto.

—¡Yarek!

—¿Sabes qué pienso? —La miró por el rabillo del ojo.

—¿Qué?

—Que Santa dejó de existir en el mismo momento en que papá murió —expresó muy serio, todo convencido.

—No dejes de creer en él, porque si lo haces, nunca vendrá. Anda, abrázame —le pidió con una sonrisa amorosa y con los brazos abiertos.

Alison, la madre de estas dos criaturas, era una mujer de mediana edad y cosía por encargo con su máquina de pedal, desde que despuntaba el alba hasta la caída del crepúsculo. El día se le iba entre bobinas de hilo por unos míseros dólares. Su cara era redonda, con labios gruesos y carnosos. El pelo le caía hasta los hombros como finos hilos de oro. Tenía unos ojos azul cielo y una nariz algo puntiaguda y pronunciada, pero que daba a su rostro un toque que no desencajaba ni la afeaba. Alison era una buena madre, cariñosa y dulce, y amaba a sus hijos por encima de todo. Desde hacía unas noches no podía conciliar el sueño; sufría y se angustiaba por no poder ofrecerles a sus hijos los regalos de Navidad que tanto se merecían. Desde que había fallecido Brad, su esposo, las cosas se le habían complicado. Ella tenía que hacer algo productivo con su vida, corría prisa hacerlo.

La señora Stone, Alison, estaba zurciendo desde hacía horas un encargo. El señor Harrison, el propietario del edificio, hacía tiempo que le reclamaba

el pago del alquiler y la amenazaba con echarla de su hogar. La mujer bostezó. Estaba cansada. Después, fijó la mirada en la vela temblorosa que tenía colocada a su vera, con la intención de ahorrar, se acercó a la luz y se calentó las manos entumecidas con la llama. En el apartamento hacía mucho frío. Se levantó de la silla y, tiritando, se acercó hasta la ventana. Miró a través. Este año iban a tener una blanca Navidad. Había caído una fuerte nevada. A tan solo dos días de Navidad, las luces ya brillaban en muchas casas. Pudo distinguir como muchas de las familias empezaban a decorar el abeto. Otras permanecían sentadas y charlaban alegremente en el sofá, al lado del fuego encendido.

«La Navidad es una época de amor y felicidad para compartir con los amigos y la familia. Los regalos están muy bien, pero yo solo puedo obsequiarlos con dulces y tiernas palabras expresándoles lo mucho que los quiero», pensó. Y eso era lo que iba a hacer. Se dirigió hacia la habitación de sus dos ángeles y pegó la oreja a la puerta. Luna estaba conversando con su pequeñín. Esa tarde, a Alison se le encogió el alma, y hasta el corazón parecía que le dolía. Sus hijos no eran felices y se sentían desdichados, y ella no podía hacer nada al respecto. Únicamente, ofrecerles su amor, como buena madre que era, y repartir entre ellos el plato de comida que le tocaba. Algunas noches, la señora Stone se metía en la cama sin probar un solo bocado. Tragó saliva un par de veces para contener el llanto, pero no pudo, y las lágrimas empezaron a rodar por sus pálidas mejillas. Desconsolada, se retiró y prosiguió con su tarea.

Luna siguió charlando con su hermano un rato más. Ella no deseaba por nada del mundo que Yarek perdiera la ilusión. Se le ocurrió salir por la ciudad para distraerlo y para que viviera la magia de la Navidad.

—Mamá, ¿podemos ir a dar un paseo? —preguntó Luna.

—Hace mucho frío, hija.

—Creo que a Yarek le irá bien.

—Oh, por favor, mami, déjanos salir —le suplicó entrelazando sus manitas el chiquillo.

Alison oteó a su hija. Ella asintió con la cabeza. «Sin duda, es una buena idea», pensó la mujer.

—Está bien. Pero abrigaos. Y no volváis tarde, que ya sabéis que me preocupo. Me encantaría ir con vosotros —les dijo con aflicción—, pero... me urge acabar esto.

—Lo sabemos, mamá —contestó Luna.

—Id con cuidado.

—No te preocupes por nosotros. Te queremos —habló la niña.

—Y yo os amo mucho más —manifestó ella con dulzura.

La ciudad estaba transformada. Montones de luces decoraban los escaparates y los árboles de la calle. Luna y Yarek se acercaron al Millenium Park donde se encontraba la famosa escultura de The Bean, que era genial sea cual fuera la época del año, pero en estas fechas, con su pista de patinaje sobre hielo en donde varios grupos musicales locales cantaban villancicos, sin duda, era mucho mejor.

Tampoco podían faltar las luces en lo alto de la Torre Hancock, uno de los rascacielos más conocidos de Chicago, que lucían en rojo y en verde. Dentro de él, se hallaba un espacio comercial donde habían instalado una maqueta gigantesca decorada con un paisaje montañoso nevado y con trenes que circulaban por allí; era algo digno de ver. Y allá, sentado en un cómodo sillón, estaba Santa.

—Mira, Luna. ¡Vamos, corre! Tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

—¡Eh, dame la mano! —le pidió.

—Está bien. Pero date prisa, que pareces una tortuga.

Ellos habían estado esperando en la cola más de una hora. Pero al

pequeño Yarek no parecía preocuparle. Necesitaba saber si el bonachón de las barbas blancas que visitaba todos los hogares por Navidad existía realmente, o si, por el contrario, todo lo que había creído durante tanto tiempo había sido una gran mentira.

Por fin, su turno había llegado.

—Hola —saludó al barrigudo y se sentó en su regazo.

—Hola. ¿Cómo te llamas?

—Yarek. Y esa que está ahí de pie —señaló con el dedo— es mi hermana Luna. —Él la miró sonriente—. Bueno, directo al grano. ¿Existe Santa Claus? —le preguntó mientras lo observaba con curiosidad y detenimiento esperando un argumento.

—Sí, Yarek, Santa Claus existe. Lo que pasa es que nadie lo ve, pero eso no quiere decir que él no exista.

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy su ayudante. Es que él va hasta arriba de trabajo. —Hizo el gesto con la mano.

—Entonces, si es cierto que existe, es posible que sufra demencia.

—¿Demencia?! —El hombre alzó las cejas. «Qué cosas que dice este crío».

—Sí, demencia. —Asintió con la cabeza.

—¿No querrás decir amnesia?

—Creo que sí. Sí, esa es la palabra. —Rio.

—Y ¿por qué crees que mi jefe sufre amnesia?

—Porque nunca se acuerda de leer mis cartas.

—No sufre amnesia, solo es un poco despistado. Pero este año será especial; estoy seguro de que leerá tu carta.

El niño lo contempló sorprendido e hizo una mueca. El colaborador de Santa, que era muy vivo, se percató de que aquella criatura no había recibido

regalos desde hacía tiempo, así que intentó arreglar esa pequeña contrariedad y le habló:

—En Korvantunturi hace un frío terrible, a mí me castañetean los dientes e incluso algunos días hasta me levanto con las pestañas pegadas, y de los techos de las casas cuelgan unas incisivas y larguísimas estalactitas. En Laponia, donde vivimos, los días son glaciares, y las tierras, heladas; es bastante habitual coger un buen catarro acompañado de tos y fiebre.

—¿Y siempre se pone enfermo la noche anterior de Navidad? Eso ya es tener mala suerte, ¿no te parece?

Aquello que dijo el niño le causó mucha gracia y se carcajeó.

—Y bien, ¿qué deseas para Navidad?

—¡Quiero muchos juguetes! —expuso con alegría.

En ese momento, el ayudante de Santa miró a Luna, en su cara podía leerse que a su casa, quizá, no iban a llegar los regalos. Así que no le quedó otra que improvisar. Suspiró.

—No siempre puede dejar juguetes. En algunos hogares encuentra sufrimiento y tristeza, por lo que sus juguetes no son suficientes para cambiar eso.

Viendo que aquella criatura tenía clavada su mirada en sus ojos esperando el resto de la explicación, continuó diciéndole:

—A esos niños que no son felices les da el mejor regalo que tiene para entregar. En su saco también carga amor, oraciones y esperanza...

—Eso no es divertido. En Navidad, se regalan juguetes.

De nuevo desvió su mirada hacia Luna que, encogiéndose de hombros, le sonrió. El pobre hombre barbudo deseaba salir de aquella situación, pero, a la vez, se sentía incapaz. Empezó a sudar copiosamente, era un momento incómodo.

—Lo mejor es que me hagas una lista de deseos, así le será más fácil

ayudarte.

—No estoy tan seguro de ello, pero lo haré. Gracias. —Y lo abrazó—. Oye, ¿cómo pueden volar sus renos y su trineo?

—Porque tiene unos polvos mágicos que hacen que vuelen muy alto y rápido... Es pura magia.

—Vamos, renacuajo, que se nos hace tarde —expresó su hermana.

—Y tú, Luna, ¿qué anhelas? —le inquirió aquel individuo.

—Yo solo quiero que mamá vuelva a ser feliz —le contestó con añoranza.

—Eso será así. —Asintió con la cabeza—. Os deseo unas buenas fiestas y un Año Nuevo lleno de buenas noticias y alegrías. *Jou, jou, jou*. ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad. Adiós.

Mientras tanto, el timbre sonaba y alguien aporreaba la puerta del apartamento de la familia Stone. Alison, que estaba muy concentrada en su trabajo, se sobresaltó en su silla. El intempestivo timbrazo sacudió el salón. «¿Quién podrá ser?». Alison dejó escapar un bufido y se levantó. Con paso firme se dirigió hasta la puerta y, sin apenas hacer ruido, levantó la mirilla y, a continuación, acercó el ojo derecho para ver a quienquiera que fuese el que llamaba de aquella forma. La visión de un rostro delgado, serio, concentrado, con cara de pocos amigos, de nariz ganchuda y pelo oscuro había vuelto.

—Vaya —susurró y abrió—. Buenas tardes, señor Harrison.

—Lo serán para usted —pronunció de malas formas—. Me debe el alquiler de dos meses. Me prometió que me pagaría ya hace tres días y no ha cumplido con su palabra.

—Lo sé, lo sé, y lo siento. —Bajó la mirada.

El señor Harrison era un hombre déspota, despiadado, inhumano, insoportable y desalmado.

—Y bien, ¿cuándo piensa hacerlo? —El tipo levantó las cejas.

—Mañana mismo. Estoy acabando un trabajo y cobraré.

—Eso espero —contestó—. Si no, me veré en la obligación de ponerlos de patitas en la calle.

«Este hombre es un monstruo infame. Es la fuerza del mal personificada», pensó Alison.

—¿Sería capaz de hacer algo tan cruel? ¿Es tan malvado, duro y sin sentimientos como aparenta? Dígame, señor Harrison, ¿puede dormir tranquilo por las noches?

Él se echó a reír y le manifestó:

—Como una marmota y sin remordimientos. Qué poco me conoce, señora Stone —dijo el miserable.

—¿Habla en serio? ¿Cumpliría con su amenaza?

Alison no podía creer lo que estaba escuchando. La pobre mujer empezó a llorar.

—No sé por qué lloriquea. Debería estar contenta. Aquí, en Chicago, hay asilos para los pobres. Allí les proporcionarán cama y les facilitarán alimentos —le soltó el muy desgraciado.

—¿Usted no tiene deseos para Navidad? —lo interrogó un poco enfadada.

—¿Yo?, el único deseo que tengo es que me pague. Págueme, señora Stone, o los dejaré sin techo.

—Mis hijos sufrirían mucho.

—No es asunto mío. Quiero cobrar. Adiós.

Alison cerró la puerta muy despacio. Pegó su espalda contra ella y se deslizó hasta quedar sentada en el frío suelo. Aquella era una miserable vida, injusta y atroz. Encogió las piernas y, con las rodillas apretadas contra el pecho, sollozó con desespero y desolación. El timbre sonó de nuevo. La

señora Stone sentía ese sonido agudo y penetrante como si estuviera alojado en el interior de su cabeza. Se puso de pie enfurecida, iba a clavarle las uñas a ese señor Harrison. Alison abrió la puerta como una leona rabiosa.

—Le he dicho que mañana le pagaré —vociferó.

—Guau, mamá, ¿qué te ocurre? —la interrogó Yarek.

—Oh, nada, entrad, que hace mucho frío. —Con disimulo, se secó las lágrimas con la palma de la mano. Y cuando estuvo segura de que su voz sonaría firme, añadió—: ¿Y tus llaves, Luna?

—Me las olvidé. Lo siento.

—No pasa nada. Voy a preparar la cena.

—¡Qué asco! Seguro que son esos macarrones hervidos y sin tomate.

—Cállate la boca. ¿No ves que a mamá le pasa algo? —reprendió a su hermano.

Una vez que hubieron terminado de cenar, Alison retiró los platos de la mesa y los llevó a la cocina.

—Venga, es hora de ir a la cama. ¿Os habéis lavado los dientes?

—Sí —contestaron ambos—. ¿Nos vas a arropar? —preguntaron ellos.

—Pues claro, como todas las noches. Vamos, que ya es muy tarde.

—Mami, a veces, cuando pienso en la Navidad, me emociono tanto que no puedo dormir —le expresó el crío, que ya estaba dentro de la cama tapado hasta el cuello.

—Finalmente, ¿ya decidiste qué vas a pedirle a Santa Claus?

—Me dijo su ayudante que escribiera una lista con mis deseos.

Alison miró a Luna.

—Es que esta tarde fuimos a la Torre Hancock, y Yarek habló con él.

—¡Qué bien, hijo! ¿Estás contento?

—Mucho, mamá. Estoy feliz. Pero todavía tengo mis dudas de que Santa exista.

—Solo tienes que escuchar a tu corazón. Verte feliz es importante para mí. Y tú, Luna, ¿le pediste algo?

—Claro —le respondió.

—Necesitamos un árbol de Navidad. Las fiestas no son lo mismo sin un árbol.

—Yo no tengo dinero para un abeto ni tampoco para adornarlo, Yarek. ¿Has escrito ya tu lista de deseos? —Cambió de tema, apenada, la señora Stone.

—Sí. Solo tengo que meterla dentro de un sobre e introducirla en el buzón.

—¿Qué le has pedido? —curioseó ella.

—Muchísimas cosas. —Se le iluminó su cara.

—Escribir cartas no es solo para pedir cosas. Cuéntale qué te pasó durante todo el año, explícale cómo está tu familia. Si te has portado bien, si te has portado mal... No pidas por pedir. Quizá te estás perdiendo un regalo fabuloso porque no lo conoces. Ratoncito, tú eres un niño generoso, agradecido y humilde, no pierdas tus valores, nunca te olvides de ellos.

—Mamá tiene razón, niño pidón —lo amonestó su hermana.

—¿Sabes cuál es el mejor regalo que la vida nos puede ofrecer? —dijo Alison.

—¿Cuál? —indagó el peque.

—Mirarte en el espejo todas las mañanas.

—Bah, eso ya lo hago cuando me peino. —Hizo un gesto con la mano.

—No lo ha entendido, mamá. —Se le escapó la risa a Luna.

—Mi ratoncito es muy pequeño todavía. Bueno, a dormir. Y recuerda, Santa Claus deberá repartir muchas sorpresas alrededor del mundo; si quieres asegurarte de que las tuyas te lleguen a tiempo, elige una o dos. No hay que ser egoísta.

—Está bien, me lo pensaré. Oye, mami, ¿cuál ha sido tu mejor Navidad?
—la interrogó el pequeño.

—Hmmm, no lo sé, déjame pensar. La segunda Navidad después de que nacieras.

—No entiendo. ¿Por qué la segunda? —Abrió los ojos como una lechuza.

—Porque la primera fue cuando nació Luna. —Y la miró orgullosa.

—Cuéntame un cuento —pidió Yarek.

—Hoy estoy algo cansada.

—Venga, mamá... —solicitaron el uno y el otro.

—Está bien. ¿Os he contado alguna vez la historia de Thomas?

—No. ¿Quién era? —preguntó Yarek.

—Era un niño que perdió a sus papás y que vivía con su tía, una mujer avariciosa y malhumorada. Ella nunca le dio un beso. Ni siquiera lo felicitaba por las fiestas. El pequeño Thomas, sin embargo, era diferente; era bondadoso y caritativo. Claire, su tía, era tan tacaña y miserable que nunca le compraba nada, ni tan siquiera una triste piruleta. Cuando Thomas iba al colegio, todos sus compañeros de clase se reían de él por las pintas que llevaba. Esa ropa rota y andrajosa que se ponía era horrible. Una tarde, cuando llegó a casa y se desnudó para colocarse el pijama, miró aquella indumentaria que se ponía todos los días del derecho y del revés, estaba rota y vieja por el uso. Así que estuvo pensando qué hacer con aquellas prendas tan harapientas. Y zas, se le ocurrió una brillante idea. Por la noche, cuando su tía Claire durmiera, él se levantaría sin hacer ruido y la remendaría.

»A Thomas nadie le enseñó a enhebrar una aguja y tampoco sabía coser. Pero él era un niño muy tozudo y persistente. Así que cogió un hilo, la aguja y un dedal, y empezó a zurcirla. El pobre lo pasó fatal, porque se pinchó muchas veces los dedos, pero aquello no parecía importarle porque al día siguiente, cuando fuese a la escuela, luciría contento y feliz sus prendas enmendadas.

El 24 de diciembre, Thomas estaba muy nervioso, ya que sabía que esa noche vendría Santa Claus.

»Su tía Claire, esa tarde, lo mandó a comprar una botella de leche. De camino a la tienda se encontró con gente que iba y venía, que corrían de aquí para allá, personas con clase y elegancia, con ropas impolutas y posiblemente muy caras. Por todas las calles habían colocado altavoces que emitían melodías navideñas. El pobre niño sintió nostalgia porque no recordaba noches de infancia al calor del fuego junto a sus padres. Sus ojos se nublaron. Suspiró pesaroso, sacudió la cabeza y caviló que no valía la pena pensar más en ello. «Algún día, el destino me sonreirá». En el fondo de su corazón, albergaba la esperanza de que en algún momento sería recompensado.

»Cuando Thomas hizo su compra y salió por la puerta de la tienda de comestibles, vio a un niño que estaba sentado en el suelo pidiendo limosna y que temblaba de frío. Iba desaliñado, con ropa que no era de su talla, rota y sucia. Conmovido, le dio la botella de leche para que se alimentara, luego, se quitó el abrigo que llevaba puesto y se lo entregó para que se arrojara. Al regresar a casa, su tía se enfureció al verlo.

»—Ya has perdido tu abrigo, niño tonto —le dijo desdeñosa.

»—Tía, escucha, es que había...

»—Calla —lo interrumpió—. ¿Dónde demonios está la leche? ¿Se te ha caído la botella al suelo? Eres un niño muy irresponsable.

»—Tía Claire, déjame que te explique.

»—No, no quiero que me cuentes mentiras.

»—No son mentiras, es la verdad.

»—¡Calla! —le gritó y añadió—: Y que sepas que esta noche no vendrá Santa Claus.

»Thomas dejó sus zapatos desgastados y anticuados junto a la chimenea. Después, se fue cabizbajo y muy triste a la cama. Se levantó al cabo de poco.

No podía dormir. Aún estaba oscuro. Descalzo por el frío suelo, avanzó hasta el salón, cogió una silla y se sentó frente a la ventana. El pobre niño se quedó un buen rato observando el cielo, afligido, echaba tanto de menos a sus papás... De pronto, allá, a lo lejos, pudo distinguir el trineo de Santa Claus que volaba por los cielos, y a su lado, alguien se hallaba sentado. Este llevaba sobre la parte superior de la cabeza una aureola circular como la de los personajes sagrados divinos. Y, de repente, empezó a nevar. Ver caer grandes copos de nieve hasta cubrir los campos de un extenso manto níveo en pleno invierno era el regalo que más deseaba Thomas para Navidad. Y, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

—¡Qué bonita historia, mamá! —exclamó el pequeño.

—Sí, hijo. Es una triste y bonita historia —le dijo con aflicción.

El protagonista del cuento era ella, y su hija Luna conocía al detalle los hechos.

—Todo va a salir bien —le expresó la niña.

—¿Qué es lo que tiene que salir bien? —preguntó Yarek sin dejar de sonreír.

—Eres fuerte. Has pasado por cosas peores. Deberías rezar —indicó Luna.

—¡Qué tontería! —profirió el pequeño de la casa.

—Ya sabes. Soy una descreída —contestó Alison a su hija.

—Dios nos ayudará, ya lo verás. —Y le dio un beso en la mejilla.

—Dios solo me da preocupaciones. —Se encogió de hombros.

—Cierto, te da preocupaciones porque has dejado de tener fe en él. Reza, mamá, pero con el corazón.

—¡No me fastidies! Por mucho que recemos, no vamos a celebrar la Navidad como el resto de todas las familias —apuntó Yarek.

—Pues yo estoy segura de que este año serán las mejores Navidades de

nuestra vida —dijo, convencida, Luna. Alison no respondió, simplemente asintió.

—Hijos, tengo que contaros algo. Voy a empeñar mi máquina de coser.

Era lo único valioso que ya le quedaba. Yarek y Luna la miraron, era fácil advertir en aquellos dos grandes luceros azules de su madre el dolor que sentía. Ambos se sentaron en la cama y la abrazaron fuertemente.

—Ahora, bichitos, a dormir —les indicó ella mientras los arropaba en la cama. Los besó, apagó la lamparilla y les deseó una buena noche.

Alison se sentó en el sillón del pequeño y húmedo salón; agotada, se acurrucó y se tapó con una manta vieja. Estaba triste, profundamente triste. Sus hijos se merecían lo mejor después de lo que habían pasado. De lo único que estaba segura era de que pondría todo su empeño para hacerlos felices. Ella dedicaría su vida entera si era necesario.

De repente, clavó sus ojos en aquel montón de ropa que estaba perfectamente doblada y colocada sobre la mesa. Suspiró aliviada y satisfecha; había terminado con su encargo en el tiempo acordado. Emily Thompson era una mujer muy caritativa con todo el mundo; buena hasta la médula. Con algo de suerte, le daría un dinero extra, después de todo, era Navidad. Por fin podría hacer frente a algunas de sus facturas pendientes. Pero avanzaban las horas y allí nadie llamaba a su puerta.

Podía oír el latido de su corazón. Su respiración se hizo dificultosa y su cabeza parecía querer estallar en mil pedazos. Tenía que quitarse aquella congoja que la estaba carcomiendo por dentro. Sentía la necesidad imperiosa de salir a tomar un poco de aire fresco. Sabía que sus hijos ya dormían, pero quiso asegurarse. Se dirigió a la habitación. Entreabrió la puerta despacio, no quería despertarlos. Los observó durante unos instantes bajo un haz de luz que entraba por la ventana. Los amaba tanto... Se apoyó en el quicio de la puerta y desde lo más profundo de su corazón imploró ayuda.

«Jamás he pedido limosna y jamás me he rendido. Yo no quiero nada para mí. Señor, por favor, te lo suplico, si estás ahí arriba, por favor, por favor, ayúdame».

Poco después ya tenía colocado el abrigo, la bufanda, el gorro y los guantes. La noche era fría, más de lo normal. Se anunciaban tormentas de viento. Algo a lo que los habitantes de la ciudad ya estaban acostumbrados en los crudos y gélidos inviernos de Chicago. Antes de salir, rebuscó en los bolsillos de sus vaqueros algún chelín huidizo. Sopló, no había. Abrió la puerta del apartamento y bajó por las escaleras.

—Buenas noches, señora Blair. —Ella entraba por la puerta principal del edificio. Era una buena vecina. Salió, como todas las noches, a pasear a su cachorro.

—¿Dónde vas? Hace un frío de mil demonios.

—Necesito airearme —respondió Alison.

—¿Qué has comido hoy? —la interrogó. Se preocupaba por ella.

—No sufra tanto, señora Blair.

—Te estás quedando en los huesos. —La miró de hito en hito.

—No diga tonterías —le dijo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para ocultar su sufrimiento.

—Ojalá pudiera ayudarte mucho más —le habló con voz apagada.

Yarek y Luna esperaban los domingos por la tarde con entusiasmo, pues bajaban a su apartamento y ella les hacía sus famosas palomitas de caramelo y queso.

—Algún día, todo cambiará —expuso la señora Blair, animándola.

Alison le tomó la mano, apretándola fuertemente, y le expresó:

—Eso espero, señora Blair. En la vida, todo llega, todo pasa y todo cambia. —Las lágrimas perlaron el rostro de Alison, pero con rapidez se las secó con el dorso de la mano.

—Tú y los chicos os merecéis ser felices.

—Es lo único que deseo —le contestó esperanzada.

—Adiós, hija.

En Navidad, las calles de Chicago se inundaban de un mar de gentes. Turistas y residentes con abrigos de lana y ropas de franela llenaban las aceras. En los comercios sonaban las canciones navideñas, y en los supermercados, la gente colmaba los canastos con cosas ricas. La noche de Navidad estaba cercana. Los bonitos y afligidos ojos azules de Alison se pusieron lacrimosos al ver cómo todas aquellas personas eran tan afortunadas; seguramente, tendrían la cena perfecta, el vino más costoso y el pavo más jugoso sobre la mesa el día de Navidad. Ellos no, y eso la entristecía. «Siempre igual. La historia se repite». Las familias que se cruzaban con ella la miraban y le sonreían. Quizá sentían lástima. Se podía adivinar a simple vista que aquella mujer no era como todos ellos. Era diferente. Pero esa no era la razón por la que se quedaban observándola. Alison era una mujer bella, irradiaba bondad, mucha bondad. Incluso con aquellos vaqueros viejos y el abrigo que llevaba puesto —que tenía más años que Matusalén—, ella brillaba por donde pasara. Le llamó la atención un cartel luminoso que colgaba de la puerta de una cafetería. Se detuvo y lo leyó: «Se precisa camarera». Alison entró y le dijeron que ese puesto ya estaba ocupado. Salió del café, deprimida. Estaba tan distraída y sumergida en sus propios pensamientos que no escuchó que alguien le estaba hablando.

—Eh, hola, ¿le ocurre algo? —Un joven le hizo un aspaviento con la mano.

—No. No me pasa nada. —Lo miró.

—Quizá usted pueda ayudarme. Me he perdido. —Se encogió de hombros—. Mi orientación es malísima, por no decir pésima. ¿Dónde diantres está el hotel Drak? —le preguntó con algo de vergüenza.

—En el 140 de East Walton Place. Un poco lejos de donde se encuentra ahora. Diríjase al norte por Michigan hacia el este de la calle veintiocho. Unos metros más adelante deberá girar a la derecha para continuar por avenida Michigan. —Él la escuchó tranquilo y atento, pero puso cara de duda, se iba a perder de nuevo—. Le aconsejo que coja un taxi.

—¿Por qué me mira así? —la interrogó, enarcando una ceja.

—Sus ojos. —Ella sintió un escalofrío, pero logró dedicarle una sonrisa perfecta.

—¿Se me ha corrido el rímel? —Se quedó mirándola fijamente y pestañeó varias veces. Ella se echó a reír. Ese tipo era gracioso y guapísimo.

—Es que me son familiares, ¿nos conocemos?

—Por desgracia, no. Y créame, me acordaría de su cara.

—Ah, ¿sí?

Se quedaron en silencio unos instantes. Hasta que él lo rompió.

—¿Le apetece tomar algo caliente? Venga, la invito.

—No tomo nada con desconocidos. Además, tengo prisa, es tarde.

—¿Le parezco peligroso? Venga, ¿un chocolate? —Movié las cejas, como Groucho Marx. Ella rio divertida—. No le robaré ni diez minutos de su tiempo. Después, la dejaré marchar. Seguro que tiene un montón de cosas que hacer.

—No crea —dijo en tono de resignación. Y él le hizo ojitos—. Está bien, acepto.

Ambos entraron en la cafetería.

—Mire, allí hay una mesa libre —distinguió él—. Vamos.

Atravesaron un largo pasillo. Al fondo, dos sillas libres y una mesa de madera en cuyo centro reposaba un cenicero de cristal azul. Él se quitó el gabán y lo colocó en el perchero de pie. Se frotó las manos para entrar en calor y se sentó.

—Señorita, ¿nos puede atender? —Levantó una mano para llamar su atención.

La camarera se acercó.

—¿Qué desean los señores? —consultó dispuesta a tomar nota.

—Me muero por una buena y ardiente taza de chocolate. Usted, ¿qué quiere, señorita...?

—Me llamo Alison. —Lo observó con cordialidad—. Yo quiero lo mismo —respondió mientras pendía su abrigo.

—Yo me llamo Peter —se presentó—. Sírvanos dos trozos de tarta de merengue y limón. Al entrar la he visto y tiene una pinta excelente —le dijo a la empleada.

—¿Desea algo más? —Él negó con la cabeza. La chica dio media vuelta y se dirigió hacia la barra.

Peter estaba deseando que Alison lo volviera a observar. Sus ojos tan azules, como el mar, eran penetrantes, demasiado penetrantes. Ella lo contempló tímidamente, retiró una de las sillas y se acomodó frente a él. Por primera vez en su vida, el joven bajó la vista ante la mirada de una fémina. Él pensó que, en los segundos que sostuvo la suya, ella pudo adivinar lo que deseaba, y no era su intención, apenas la conocía. Él no era de esa clase de hombres que creen que ligar es un pasatiempo. No era un cazador. Era una persona de palabra y cumplía sus promesas, y nunca prometía nada que no pudiera llevar a cabo. Aquella mujer lo dejó sin habla. Parecía idiota.

—¡Qué frío hace! —dijo Alison, ahuecándose su cabellera y poniéndose cómoda.

—Mucho —fue la única palabra que consiguió articular el otro en un susurro ronco.

Había conocido mujeres hermosas, aunque quizá no tanto como ella. Esos cabellos dorados, como el sol, y esos labios rojos, como cerezas... Toda ella

era un tren cargado de dinamita pura, magnética, difícil de ignorar.

Alison cruzó las piernas y empezó a enroscarse el cabello con los dedos. La pobre no sabía qué hacer ni hacia dónde dirigir su mirada. Nerviosa, contemplaba todo de un lado a otro. Desde que falleció Brad, su esposo, no había estado en compañía de ningún otro hombre. En ese momento, clavó sus hermosos ojos, los cuales brillaban como dos luceros, en los de él. Peter ni pestañeaba. Ella se ruborizó, pero en aquel instante sintió que todo su mundo se relajaba. Él la escudriñó con expresión de extrañeza y acto seguido rio alegremente.

A Alison, aquel individuo le pareció una buena persona, un tipo agradable, atractivo, inteligente, maduro y guapo, guapo en extremo. Era de piel morena, de media estatura, ojos negros y pelo castaño. Iba immaculado, camisa blanca, corbata a rayas y zapatos bien lustrosos. A ella le pareció un dios en el sentido más amplio del término. Pero lo que más le llamó la atención a Alison fue aquella sonrisa tan tierna que tenía, pero sexy a la vez. Eso lo hacía irresistible. Él carraspeó y habló con voz entrecortada:

—Oye, cuéntame algo de ti. —Apoyó la barbilla sobre su mano.

—Se va a enfadar tu mujer —apuntó con burla.

—Seguro que no le gustaría si la tuviera. Venga, qué me cuentas...

Una mueca de satisfacción curvó los bellos labios de Alison. Y con rapidez le preguntó

—¿Qué te trae por Chicago?

—Negocios, y mi padre. Hace mucho que no lo veo. Hablamos por teléfono, pero no es lo mismo. Desde que murió mi madre se ha vuelto un ermitaño y un gruñón. Y se pasa el día entero espachurrado frente al televisor. Antes era un hombre alegre, divertido, incluso tenía un toque de gracia al decir las cosas. Pobre, debería haberle dedicado más tiempo. El trabajo siempre me ha mantenido ocupado. Aunque las cosas me han ido bien. No me puedo

quejar, la verdad. ¿Tú te llevas bien con los tuyos?

—Mis padres murieron cuando era muy pequeña, tengo pocos recuerdos, pero los que tengo son muy lindos —dijo afligida—; ellos fallecieron en un accidente de tráfico.

—Entiendo lo duro que debió de ser perderlos —le manifestó.

Él le tomó una mano entre las suyas y la retuvo, acariciándola con ternura y cariño. El silencio los rodeó. Era la magia del momento, y fue tan poderosa que era algo que ninguno de los dos había esperado encontrar. Ella le habló:

—Lo fue, sí. Mi tía Amber me crio. Cuando empecé a salir con Brad, ella se fue a vivir a Nueva York. Allí encontró a Mark, un hombre con una inmensa paciencia. —Acto seguido, retiró la mano de las suyas y la puso en la mesa, a un lado.

—¿Hace mucho que no ves a tu tía?

A veces, Alison trataba de imaginarse lo que habría sido su vida si sus progenitores no hubieran muerto. Pero hacer eso solo le reabría viejas heridas.

—Bastante, pero no me apetece hablar de eso. Es demasiado doloroso, personal e íntimo —le contestó en tono bajo. Cogió la taza de cacao y se humedeció los labios, al instante, la dejó sobre la mesa, cortó con una cuchara un trocito de aquella tarta succulenta y se la llevó a la boca. Los labios de Peter se curvaron hacia arriba ante sus exclamaciones de asombro y deleite.

—¡Qué rica está!

—¿Cómo se presentan las Navidades, Alison?

«Otro tema del que no me apetece hablar», pensó en su fuero interior. Pero lo hizo. Era imposible no conversar con aquel tipo.

Yarek se despertó y miró a Luna, su hermana dormía como un lirón. Por la ventana entraba luz suficiente como para ver la silueta del albornoz rosa que colgaba de un gancho junto a la puerta. Sin hacer ruido, se levantó, se lo puso y se fue al salón. Abrió un cajón y sacó la carta que había escrito a Santa. La

tenía escondida bajo un montón de papeluchos. Aquellos documentos amontonados le llamaron especialmente la atención porque en la parte superior había fechas señaladas con un color llamativo y luminoso, en tono verde fosforito. Leyó despacio y en silencio. Le costó lo suyo, cierto es, pero es que la criatura todavía no leía correctamente. Eran facturas pendientes de pago y su madre no podía hacer frente a ellas. Ahora ya sabía por qué había decidido empeñar su máquina de coser.

Yarek se sintió un niño egoísta, un malcriado y, quizá, en ocasiones, hasta cruel. Se sintió muy mal. Así que, enfurecido, rompió la carta con ansia y luego tiró los pedazos a la papelera.

«¡He sido un niño muy malo!», se dijo. Respirando hondo, cogió un bolígrafo y una hoja de papel, se sentó en una silla y empezó a escribir. Cuando hubo acabado, sintió una gran satisfacción. Solo le quedaba meterla en un sobre, bajar a la calle e introducirla en el buzón.

—Como alguien me vea con estas pintas... se va a tronchar de la risa.

Yarek abrió la puerta y la dejó entornada. Bajó las escaleras a toda prisa con el sobre bien sujeto entre sus pequeñas manos. El buzón se encontraba en la misma entrada del edificio. Ya frente a él, levantó la ranura e introdujo la carta dentro. Ahora solo le quedaba esperar a la noche de Navidad.

~

E n la cafetería, Peter y Alison se despedían. Habían pasado un rato agradable en buena compañía. Al abrir la puerta del establecimiento, un viento poderoso los azotó y los arrojó hacia atrás. Chicago era *La ciudad de los vientos*. Peter tomó aire y llamó a un taxi con un silbido. Alison no pudo reprimir la risa porque aquel chiflido de Peter le pareció muy cómico.

—Nunca lograré mi sueño —se quejó él—. Hasta un niño lo hace mejor que yo.

Parecía que se había tragado un silbato para perros. Alison se metió los dedos en la boca y silbó.

—He pasado un rato estupendo, Peter.

—Y yo... Y no sabes cuánto. Venga, sube al taxi, que te acompaño a casa.

—No, gracias, regresaré caminando.

—Pero ¿qué dices? ¿Es que acaso quieres ir burlando a las aerolíneas y volando por todo el planeta? Pero ¿no ves que viento hace?

Ella se mostró risueña.

—Andar es bueno para el alma.

—E ir en coche, también. Anda, sube.

Ella, después de pensarlo escasos segundos, accedió a su petición.

Cuando llegaron a su destino, Peter soltó una risita maliciosa y arqueó las cejas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —curioseó ella.

—Por aquí vive un viejo conocido mío. —Sacudió la cabeza—. ¿Me das tu teléfono? —le solicitó. Alison salió del taxi y cerró la puerta. Con rapidez, él bajó la ventanilla y le preguntó—: ¿No quieres dármelo?

—Es que no tengo —dijo, encogiéndose de hombros.

—Bueno, no me hace falta. Ahora ya sé dónde vives. —Le guiñó un ojo.

—Adiós, Peter.

—Adiós, preciosa Alison. Pronto nos veremos.

Ella se sonrojó —hacía mucho tiempo que nadie la piropeaba— y se encaminó hacia la puerta del edificio, pese a que no era el suyo, seguida de cerca por la atenta mirada de Peter. Se volteó y lo despidió con la mano. Cuando el taxi partió, cruzó la calle y se dirigió a su apartamento. Se sentía tan bien que su rostro se iluminó de repente y las arrugas de dolor se

transformaron en surcos de alegría. Esa expresión desapareció de su cara en cuanto vio a Yarek sentado sobre el felpudo de la puerta tiritando como un flan y con el espantoso albornoz rosa de su hermana. A saber cuánto tiempo estuvo ahí.

—¿Qué haces aquí fuera? —lo riñó.

—Se me cerró la puerta, mami. —Frunció el ceño.

—¿Cómo que se te cerró la puerta?, ¿dónde fuiste? —preguntó mientras la abría.

—Bajé la carta de Santa al buzón.

—¿Por qué no tocaste el timbre? Luna te hubiera abierto.

—Lo hice, pero me parece que ella está hibernando.

—Podías haber bajado a casa de la señora Blair. Anda, vete a la cama.

—Buenas noches. —El niño bajó la cabeza y se fue directo hacia su habitación.

El pequeño se acostó y se cubrió con el edredón, sintiendo su tibieza. Tenía los pies helados, por lo que no tuvo mejor idea que acercarlos a los de su hermana Luna, tan calentitos. Ella dio un respingo cuando sintió sobre sus pies los de él, tan fríos. El pequeño rio con picardía.

—¡Por Dios, Yarek! ¿Dónde has metido los pies?, ¿en el congelador? —le vociferó.

~

24 de diciembre de 2016, Nochebuena

Un denso manto blanco cubría Chicago. De todos los fenómenos meteorológicos extremos, la nieve se había convertido en el favorito de la familia Stone. Mirar tras la ventana al levantarse ya era un hábito corriente en Alison. Todo alrededor estaba níveo, salvo las grises siluetas de los árboles

sin hojas.

Un taxi paró delante del edificio. El ocupante pagó su servicio y salió del auto.

—Dios santo, ¡qué gélido es el tiempo en esta ciudad! Estoy tieso. — Tiritó mientras sacaba unas bolsas del maletero. Se despidió del taxista y subió las escaleras del inmueble. El hombre tocó el timbre del portero automático. Nadie contestó al telefonillo. De pronto, se giró y clavó sus ojos en aquella vivienda que había enfrente. Allí había dejado la noche anterior a una bonita mujer. En ese instante, una vecina abrió la puerta principal y salió con su pequeño agarrado de la mano. Cantaban, reían y parecían contentos.

—¿Quiere entrar? —le consultó.

—Pues sí. Un rato más aquí fuera y los niños se van a creer que soy Frozen, el muñeco de nieve viviente —le respondió, castañeando los dientes—. ¿Puedo? —Señaló con la cabeza a la entrada principal.

—Sí, claro, adelante —contestó en tono educado—. ¡Felices fiestas!

—Igualmente, señora.

Caminó por un pasillo estrecho de paredes grises, añejas... Al llegar a la puerta 4 A, se detuvo. Dejó las bolsas en el suelo, respiró hondo y la golpeó con los nudillos.

El señor Harrison recibió a aquel hombre con un: «¡¿Qué demonios haces aquí?! ¡Vete!». Quiso cerrarle la puerta en las narices, pero el pie de este no se lo permitió.

—El portero automático no funciona.

—¿Y qué quieres que haga? —le contestó ariscamente.

—¿Arreglarlo? Eres el dueño del edificio. Ay, papá, te has convertido en un viejo gruñón inaguantable —espetó.

—¿A qué has venido a Chicago? —lo interrogó mientras avanzaba por el salón.

—He venido a pasar las Navidades contigo.

—Yo no celebro las fiestas —habló con un hilo de voz.

—Pues este año lo vas a hacer. —Entró y cerró la puerta tras de sí—. Pero ¿dónde vas ahora? —Peter dejó en el suelo todo lo que llevaba en las manos al verlo dirigirse de nuevo hacia la puerta.

—No preguntes. Si quieres saberlo, sígueme.

Ambos subieron por la escalera hasta la primera planta. Todas las puertas estaban decoradas con la típica corona de Navidad, excepto una, donde se detuvo el señor Harrison. Golpeó y tocó el timbre como un loco desquiciado.

—Pero ¿qué haces?, ¿has perdido el juicio?

—Calla —lo silenció con un *zasca* en la cabeza.

—Alguien está llamando; Yarek, abre —se sintió una voz en el interior.

«Ese nombre», pensó para sí aquel tipo que acompañaba al señor Harrison.

—¡Vaya! Mamaaaaá, es Ebenezer Scrooge. ¿Se ha escapado del cuento de Navidad? —le preguntó y se lo quedó mirando.

—Niño insolente —soltó el despiadado señor Harrison.

—Discúlpate ahora mismo, Yarek. —Su madre lo regañó.

Al lado del señor Harrison, Peter. Alison lo ojeó, sorprendida. Y él la observó tan asombrado como ella.

—¿De qué os conocéis vosotros? Parecéis dos idiotas. —El señor Harrison chasqueó los dedos para llamar la atención—. Señora Stone, cumplió su plazo. Quiero mi dinero.

—No lo tengo. —Ella agachó la cabeza, abochornada.

—No me obligue a echarla del apartamento —le advirtió.

—¿Estás amenazando a esta mujer? —lo interrogó, perplejo, Peter.

—Ya te pareces a tu madre. Siempre diciéndome lo que debía hacer.

—¿Él es tu padre? —«Ya decía yo que esos ojos me eran familiares»,

pensó.

—No me obligue usted a echarla a la fuerza. —La miró con antipatía.

—Lo único que tú vas a echar es barriga —dijo Peter con enfado.

—Busque el dinero debajo de las piedras si es necesario. —Y desapareció por las escaleras, protestando.

—No sé qué decir... —expresó Peter levantando las palmas de las manos.

—No, no digas nada. No es culpa tuya. Tengo que dejarte, adiós. —Y cerró la puerta.

Peter bajó los escalones a grandes zancadas. Pronto, se enfrentó a su padre.

—¿Cómo has podido tener un comportamiento tan... tan terrible con Alison? Estoy avergonzado por las cosas que he tenido que escuchar.

—Y tú ¿qué tienes que ver con esa mujer? —le preguntó desdeñoso.

—Es una buena persona. Deberías disculparte con ella —la voz de Peter estaba cargada de indignación.

—No voy a disculparme con ella. Me debe dos meses de alquiler —alzó la voz.

—¡Alison no puede pagarte porque no tiene dinero! —le chilló—. Ella misma me lo contó. Y si yo hubiera sabido que eras tú esa persona de la que me estuvo hablando, te aseguro que yo hoy no estaría aquí. Eres un hombre egoísta e insensible.

—¡Cállate! Vaya cara dura que tienes, hablarme tú, precisamente tú, de lo insensible y egoísta que soy. Después de tres años te presentas en casa con un enorme pavo y unos dulces y ¿pretendes que me olvide de lo solo e ignorado que me he sentido? Pero ¿quién te crees que eres? Y ahora, deja de sermonearme.

Peter lo miró furioso, pasó por delante de él y se dirigió con pasos firmes

hacia el árbol de Navidad. Lo cogió y se encaminó hacia la puerta, la abrió como pudo y subió las escaleras, a casa de Alison.

—¿Qué estás haciendo? —Se levantó su padre del sofá, hecho una furia—. ¡Te ordeno que entres y que lo coloques inmediatamente donde estaba!

—Me has dicho que no celebras las fiestas. Pero el resto del mundo sí.

El señor Harrison refunfuñó y, con un fuerte golpe, cerró la puerta que resonó en toda la planta baja. Peter tocó al timbre del apartamento de Alison.

—Yo abro, mamá —indicó, alegremente, Yarek. Sus ojos marrones se iluminaron. Aquel abeto era imponente, hermoso y estaba decorado con bolitas de colores de cristal, lazos, espumillones y guirnaldas. Lo miró de arriba abajo. Una sonrisa boba se dibujó en su rostro—. ¡Mamá! Santa Claus nos ha traído un árbol con pies —expresó con acento burlón.

«¡Qué gracioso es el chiquillo!», pensó.

Obviamente, madre e hija corrieron a su encuentro.

—¿Puedo entrar? Esto pesa un montón —se quejó.

—¡Madre mía, Peter! —A Alison se le escapó la risa. No era para menos.

—Vamos a celebrar la Navidad como Dios manda —habló, y colocó el árbol en el mejor lugar del salón—. Brrr. ¡Qué frío hace aquí! Vamos a encender los radiadores.

—No, Peter, no lo hagas. —Iba tras de él—. Yo no puedo permitirme ese lujo.

—Desde hoy, sí —fue la respuesta—. Vaya, ¡qué vestido más bonito! —opinó cuando lo vio en el maniquí de su habitación—. ¿Lo has hecho tú? —Ella asintió con la cabeza—. Es maravilloso, vaya que sí —le expresó impresionado—. Hoy te lo pondrás.

—No tengo humor.

—Pues yo sí, y te lo vas a poner. —Se carcajeó—. Ahora vuelvo.

Alison les contó a sus hijos que Peter era un buen tipo.

—¿Seguro? Dicen que los hijos se parecen a sus padres —soltó Yarek.

—No siempre es así. Además, estoy segura de que el señor Harrison no es tan malo como aparenta. Solo es un viejito solitario. La soledad, hijos, a veces, puede ser buena... pero cuando esta no es elegida, nos aislamos del amor y de la vida.

De nuevo, Peter entró en el apartamento contento y animado, entonando la canción navideña de Gloria Estefan, *Love on Layaway*. Soltó con gran alivio, sobre el mármol de la cocina, las bolsas que acarreaba. Él le dijo a Alison que encendiera el horno.

—Pero todavía no es Navidad... —Arrugó la frente.

—Lo sé. Pero el pavo nos lo vamos a comer esta noche. Después, colgaremos los calcetines en la chimenea —intentó localizarla— y a dormir, que Santa Claus tiene que traer los regalos. Uy, perdón, no hay chimenea. Bueno, los colgaremos en el abeto. Y el 25, bien temprano, abriremos los obsequios, como todas las familias, mientras tomamos un buen desayuno.

El horno desprendía un aroma exquisito y aromático. Casi estaba todo listo para la milagrosa Nochebuena. Alison miró a Peter desde la cocina. Él estaba sentado en el sillón frente a sus hijos. Hablaban y bromeaban. En sus rostros se reflejaba dicha y felicidad.

Mientras tanto, el señor Harrison estaba fijo en el sofá de su apartamento, solo y frente a la tele. Todos los anuncios e imágenes que se emitían eran emotivas campañas y *spots* con mensajes de Navidad. Apagó el aparato murmurando. Las risas y el jaleo que se había organizado en la planta superior, en el apartamento de la familia Stone, lo pusieron algo celoso; hacía mil años que no celebraba una Nochebuena familiar. De pronto, prestó atención a su vivienda, era como un gran ataúd, confería un silencio sepulcral. «Moriré solo porque soy un viejo amargado que se refugia en casa, puesto que no soy capaz

de dar el brazo a torcer», se dijo.

~

— Venga, Alison, ponte el vestido rojo —le demandó Peter. Ella hizo un mohín.

—Venga, mamá, pónelo —dijo Luna dando palmaditas con las manos.

Alison entró en la habitación y se lo quitó todo hasta quedar en ropa interior. Se puso unas medias y unos zapatos de tacón negro. Rápidamente, se colocó el vestido rojo. Justo le llegaba debajo de las rodillas, era vaporoso, con un escote palabra de honor. Ella se descubrió sonriendo a su imagen, hacía tiempo que no se veía así, tan guapa. Contempló una vez más su reflejo, fascinada por el hermoso vestido que envolvía su cuerpo. «Caray, no me reconozco». Pero en ese momento, Alison no pensaba en su aspecto, sino en cómo se sentía: genial. En el salón la estaban esperando con muestras de evidente impaciencia. Cuando la vieron salir, se quedaron mudos de asombro. Estaba espectacular, increíble. Los niños se miraron entre sí y se rieron con complicidad. «A Peter le gusta mamá, sin duda».

Todo el mundo estaba feliz, todos menos el señor Harrison que, de repente, se sintió angustiado. La boca se le secó y el corazón comenzó a latirle tan rápido que temió que se le saliera del pecho. Cerró los ojos con fuerza. Tenía unas ganas locas de echarse a llorar. Desde que falleció su esposa, Amber, se había quedado repanchigado en el sofá viendo la vida pasar. En aquel instante, se dio cuenta de que había perdido un tiempo valioso y que la única y exclusiva distracción que tenía era la de jorobar a los demás. «¡Qué tonto que he sido, Dios!». Un escalofrío recorrió por completo la espina dorsal del señor Harrison. «Me he convertido en otro hombre. ¿Por qué? Yo no era así. Soy un mentecato sin corazón. Necesito respirar aire fresco». Miró la hora en su reloj de muñeca, era suizo, y había que darle cuerda para que

funcionara. «Las diez, Nochebuena, y más solo que la una, caray». Y abandonó el apartamento, cerrando la puerta tras de sí. El portón que daba acceso al edificio se abrió en ese momento. La señora Blair entraba muy abrigada y cargada de compras y regalos. Cuando lo vio allí de pie, inmóvil, le dio tanta pena que lució su mejor sonrisa para desearle una feliz Navidad. La señora Blair, Anita, tenía unos cálidos ojos castaños y llevaba el pelo gris plateado recogido en un moño. Él se pasó la mano por la cara. Aquella señora era muy bella. Se quedó embobado mirándola. «¡Vaya joyita! ¿Cómo no me he fijado antes en ella? Mierda, me he distanciado de todo el mundo. Debería haber dejado de lado el aspecto material y vivir un poco más», se dijo.

—Es de mala educación quedarse mirando a la gente. —Él gruñó. Y ella añadió—: Los gruñones no gustan. Yo también sé hacerlo, atiende: ¡grrrr! No se me da mal, ¿eh...? —le dijo, riéndose. Él la ojeó desconcertado—. Ladras mucho, pero no muerdes. Venga, sube —lo empujó hacia las escaleras—, vamos al apartamento de Alison, que ella te está esperando. —Él puso cara rara, de extrañado, de incrédulo—. No has tratado a esa joven como se merece. Ahora mismo le vas a pedir disculpas. Toma, ayúdame con las bolsas.

—¿Cómo se lo digo, señora Blair?

—Te dejo que me llames Anita, estimado Axel. Lo mejor es que le prometas que no volverá a ocurrir. Y no se lo digas muchas veces, con una es suficiente.

El timbre del apartamento sonó. Peter abrió la puerta.

—Si has venido aquí para que Alison te pague, lo llevas claro —expresó él.

—¡Vaya! —pronunció la señora Blair, haciendo alusión a la inesperada presencia de aquel joven tan apuesto.

—¡Peter! —lo riñó Alison, que salió a su encuentro.

—Es mi hijo —susurró Axel—. Alison, verá —habló atropelladamente

el padre de Peter.

—Sigue —lo animó Anita, que dejó las compras en el piso y se cogió de su brazo.

—Estoy muy arrepentido de haber actuado así, no volverá a ocurrir. Perdóneme. —Las palabras del señor Harrison eran sinceras.

—No se preocupe —le contestó Alison con agrado—. Venga, que la cena se enfría.

El señor Harrison supo, aquella Nochebuena, que el más agradecido no era el que más tenía, sino el que más valoraba. Se pasó horas y horas recordando historias de su juventud que se le habían olvidado por completo. Todos sonreían radiantes.

—Me engañaste —soltó Peter a Alison mientras recogían la cocina. Ella no sabía de qué hablaba—. No querías que supiera dónde vivías —expresó con tristeza.

—Siento haberlo hecho —se disculpó apenada.

—No importa. Quiero proponerte algo. —Ella lo miró asustada, y él se carcajeó. «Ay, Dios, ¿qué es lo que habrás pensado...?», y añadió—: Como ya te dije, vine a Chicago por negocios. Quiero abrir una tienda de ropa de moda femenina, y yo —le guiñó el ojo derecho— estaría encantado de que formaras parte de mi plantilla.

—Vaya, hoy es mi día de suerte. Aquí también hay ángeles, no solo en el cielo. A esto le llamo yo una feliz Navidad.

—Entonces... ¿es un sí? —Enarcó una ceja.

Ella asintió con la cabeza.

De improviso, Yarek entró en la cocina.

—Me voy a dormir, tengo mucho sueño —refirió el crío bostezando de manera exagerada mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza, como un gato perezoso.

No tenía ni pizca de sueño, pero estaba esperando con creciente agitación el día de Navidad.

Todos pensaron que ya era el momento de retirarse a descansar. Muy tarde debía ser, pues las calles de Chicago cubiertas de nieve se hallaban del todo desiertas. Los unos y los otros se despidieron y enseguida se marcharon a sus respectivas casas a reposar.

Poco después, un completo silencio reinaba en el apartamento de los Stone. Yarek estaba tan alterado que no podía dormir, así que se levantó sin hacer ruido para que su hermana Luna no se despertara, cogió una silla y se dirigió hacia la ventana donde se sentó y se quedó mirando tras el cristal. En la calle no había ni un alma y la noche era glacial. Yarek empezó a tiritar, al instante, alargó la mano para coger la manta de punto que estaba doblada sobre el brazo del sofá y se tapó hasta las orejas. Estuvo muchas horas observando el cielo, hasta que se quedó dormido. De repente... un *jojajo* lo despertó. Yarek se puso en pie de un salto y, con rapidez, limpió el vidrio con el puño de su pijama. Se frotó los ojos, atónito, y volvió a mirar y a mirar. «¡Guauu, Santa Claus existe!». Yarek brillaba de emoción. Ciertamente, lo que estaba viendo era una escena maravillosa. Sobre el tejado, en el edificio de enfrente, se hallaba el gordinflón —como de forma cariñosa lo llamaba—, y estaba cómodamente sentado en el trineo. De pronto, algo inexplicable sucedió. Una luz muy brillante apareció como por arte de magia y dentro de ella pudo distinguir una figura. La silueta se acercaba a Yarek y cada vez era más clara. Como un rayo, el pequeño abrió la ventana de par en par. ¡Caracoles, hacía un frío que pelaba! Parpadeó muchas veces seguidas y después fijó la mirada en aquella luminaria tan alucinante, tan deslumbrante... Era incapaz de definir si aquello era un sueño o... Sacudió la cabeza. Aquello debía de ser un simple sueño, sí, eso debía de ser. Pero si lo era, no quería despertar.

—¿Pa... pá?! —titubeó el crío.

Es que aquello era tan real y auténtico... Era él, sí, y era tal y como lo recordaba Yarek. Brad se acercó un poco más a su pequeño y le habló:

—Hola, hijo, te veo bien. —Y le sonrió con ternura—. Eres un niño muy fuerte que sabe tomar las decisiones correctas. Estoy muy orgulloso de ti.

Los ojos de Yarek eran dos luces brillantes que lo miraban sin parpadear, con anhelo y con infinito amor.

—Oh, papá —las palabras estaban atascadas en su garganta—, te echo tantísimo de menos... —logró decir.

Los cascabelillos de los arneses y los renos se movían expectantes.

—Yo os añoro a los tres.

—¿Eres tú? —preguntó con voz estrangulada—. ¿Eres tú de verdad? —repitió con temor.

—Sí, soy yo. Ya ves, el deseo, el único deseo que habías pedido para Navidad, te lo han concedido. Querías despedirte de mí, y aquí estoy. En Navidad todo es posible. Cuando pides con el corazón, recibes regalos divinos.

—Yo creí que iba a ser imposible.

—Tú piensas todos los días en mí, lo sé. Y también sé qué es lo que te pone tan triste cuando lo haces.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Tú querías estar conmigo aquella tarde.

—Mamá no me dejó ir a verte —le dijo con una enorme tristeza.

—No fue mamá, fui yo; le supliqué que no vinieras. Me dolió tanto... Yo quería que me recordaras con una sonrisa. Odiaba verte triste porque te quiero...

—Hasta la Luna ida y vuelta.

—Lo recuerdas.

—Sí, papá.

De repente, Alison se despertó. Demasiadas emociones batallaban en su mente y en su cuerpo. Pensó en Peter y al hacerlo un rubor invadió su rostro. El despertador de la mesilla de noche le anunciaba que eran poco más de las cinco.

—Hijo, solo te pido una cosa: nunca te olvides de mí.

—Te lo prometo, papi, jamás te olvidaré —chilló.

Aquella voz lejana que Alison escuchó desde su habitación era, sin duda, la de su hijo. Preocupada, fue a ver qué le ocurría. Abrió la puerta de la estancia con mucho cuidado y se acercó despacio hacia él. En su frente se marcaron las profundas arrugas que siempre indicaban su intensa zozobra. Detestaba ver sufrir a sus hijos. Yarek se hallaba sentado en una silla, tenía los ojitos cerrados y la boquita floja; se había quedado dormido con la cabeza apoyada en la ventana. Alison puso una mano en su hombro con suavidad y al ver que no se despertaba, le acarició el pelo.

—Hasta dentro de muchos, muchos años, hijo. Te quiero.

Y entonces, Brad desapareció.

En ese preciso momento, Yarek se despertó.

—¿Mamá? —murmuró desconcertado. Y ojeó a su alrededor como buscando una explicación de lo ocurrido, intentando comprender.

Alison le rozó con los dedos la cara y lo observó con mucho cariño. Se puso en cuclillas ante él y le colocó una mano sobre la rodilla.

—¿Qué te pasa, ratoncito? —le preguntó—. ¿Has tenido una pesadilla?

Yarek oteó tras la ventana y alzó la vista hacia el cielo. De repente, unas gotas silenciosas rodaron por sus mejillas. Gimoteando, se las secó con la manga izquierda del pijama. Todo había sido un sueño. Un hermoso e inolvidable sueño. Su rostro brillaba de gozo y parecía estar sonriendo desde lo más profundo de su ser. Con rapidez se puso a la altura de su madre y, a

continuación, le rodeó el cuello con ambos brazos, estrechándose contra ella. Alison tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

«¡Quién sabe lo que estarías soñando!», caviló su madre.

Yarek se apartó un poco de ella y la observó con ternura. Enseguida, acarició su cara, su piel era tan suave como los pétalos de una rosa. Acto seguido, le cogió la faz con sus manitas, la miró fijamente y desde lo más profundo de su corazón, le dijo:

—Mami, te quiero mucho.

—Yo también, mi ratoncito. No hay palabras lo suficientemente infinitas como para poder expresar por mi boca todo lo que te quiero, porque mi amor por ti es tan grande que no cabe en palabras. No sé si comprendes o comprenderás alguna vez lo que te digo... pero quiero que sepas que tú y tu hermana Luna sois el mejor regalo de mi vida.

—Y tú eres la mejor madre del mundo. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, mi pequeñín.

Un trocito de mí

Mariah C. es el seudónimo bajo el que escribe esta escritora catalana nacida en Manresa, Barcelona. Ella ha dedicado toda su vida profesional a la educación con un único objetivo: mejorar la calidad de vida de los niños más vulnerables.

Trabajadora incansable y con un mundo lleno de sueños. “Una lista de deseos para Santa Claus” es la primera obra que autopublica. Y espera que sea de vuestro agrado.